

## SOBRE LA VIDA Y OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS.



ALEJANDRO DUMAS.

Muy pocas personas no conocen á Dumas, ya porque hayan visto en el teatro algunas de sus piezas, ó bien porque lo hayan oido nombrar como uno de los padres del romanticismo. No obstante esto, muchos no tienen una idea exacta de este autor, y solo un pequeño número de personas ha leído sus obras; pues mientras han llegado ejemplares de las de Victor Hugo, Balzac, y otros escritores, apenas existe en México una que otra coleccion incompleta de las del autor de que hablamos. Los lectores del Museo no quedarán disgustados de que una que otra vez nos ocupemos, aunque rápidamente, de esos hombres singulares, que como unos semi-dioses en la tierra, sacuden su pluma y brotan de ella multitud de magníficas creaciones.

Alejandro Dumas nació el 24 de Junio de 1803 en Villers-Cotterets, pequeña ciudad del Departamento de Laisne, que solo dista veinte leguas de Paris. Su padre, originario de Santo Domingo, fué el valiente general Dumas de la república francesa, amigo íntimo de Joaquin Murat, del general Brune, y de todos esos soldados que Napoleon convirtió despues en duques y reyes. El general Dumas era un hombre muy alto, perfectamente hecho, de una fuerza hercúlea, hasta el grado de que sofocaba un caballo oprimiéndolo con las piernas, ó lo hacia caer al suelo de una puñada; esto no impedía que tuviese un excelente corazón. Alejandro, en una anéctota histórica titulada: *Blanca de Beaulieu* hace una tierna memoria de su padre. Muy pequeño era todavía Alejandro cuando murió el general Dumas, y la viuda quedó reducida á vivir miserablemente, pues la viudedad concedida á los que morian al servicio de la patria era demasiado corta. Asi pasaron algunos años, hasta que ya Dumas, de una edad madura, tomó definitivamente su partido, y resolvió marcharse á Paris á buscar una colocacion para mantener á su madre. Esta parte de su vida, hasta la representacion de sus dramas *Cristina* y *Enrique III*, la refiere en un capítulo que se halla al principio de sus obras dramáticas y que tiene por titulo: "Cómo me hice autor dramático." La sencillez, la verdad, y por decirlo así, el candor infantil con que están referidos los primeros pasos de la vida literaria de este autor, hoy tan célebre, nos parece demasiado in-

terésante, y preferimos traducir y extraer estos trozos, persuadidos que nosotros no habíamos de escribirlos mejor.

"Acababa de cumplir veinte años (dice Dumas), cuando una mañana entró mi madre en mi alcoba: se aproximó á mi lecho, me abrazó, y llorando me dijo:

—Hijo mio, acabo de vender todo lo que me quedaba, con el fin de satisfacer nuestras deudas.

—Y bien, madre mia?

—Y bien, mi pobre hijo, pagadas nuestras deudas nos quedan 253 francos.

—De renta?

—Mi madre se sonrió tristemente.

—Por único capital pregunté yo.

—Es lo único, contestó mi madre.

—Pues bien, continúe, esta tarde misma partiré á Paris, con los cincuenta y tres francos.

—Y qué harás tú, hijo mio?

—Veré á los amigos de mi padre, al duque de Beluna, que es ministro de guerra, á Sebastiani, tan poderoso con su oposicion como los otros con el favor. Mi padre, mas antiguo que todos, como general, y que ha mandado en jefe cuatro ejércitos, ha tenido á algunos de ellos de ayudantes suyos, y recuerdo haber visto que todos militaban á sus órdenes. Aquí tengo una carta de Beluna en que consta que al influjo de mi padre debió el haber recobrado el favor de Bonaparte; otra de Sebastiani en que le da las gracias por haber influido en que marchara á la campaña de Egipto; en fin, tenemos cartas de Jourdan, de Kellerman, de Bernadotte, y si es necesario iré hasta Suecia á ver al rey y recordarle sus tiempos de soldado.

—Y yo durante este tiempo, ¿qué haré?

—Tienes mucha razon, madre mia, tranquilízate; no tendrás necesidad de pasar de Paris. Así, esta tarde misma me pongo en camino.

—Haz lo que quieras, me contestó abrazándome por segunda vez. Acaso es una inspiracion de Dios.

Mi madre salió, y yo salté de mi lecho mas ufano que contristado con lo que acababa de pasar. Me tocaba la vez de ser bueno para algo, é iba á devolver á mi madre no los cuidados que habia tenido conmigo, porque eso es imposible; pero sí á evitarle al menos los martirios duros que trae consigo la miseria, y proporcionarle con



mi trabajo el alivio en los últimos años de su vida; me consideraba, un hombre; pues que la existencia de una mujer iba á depender de mí. Mil proyectos, mil esperanzas vagaban en mi espíritu, y tenía á la vez alegría y orgullo en el corazón: esta fe en el éxito, que es una de las virtudes de la juventud, me daba aliento y creía que así como yo favorecía á los desgraciados, los poderosos me favorecerían á mí. Y por lo demás, era imposible que dejase yo de obtener lo que pidiera cuando dijera á los hombres de quienes dependía mi porvenir: "Lo que reclamo de vosotros es para mi madre, para la vida de nuestro antiguo compañero de armas, para mi madre, para mi buena madre."

En efecto, es una madre excelente la mía, tan buena, que gracias á su cariño había llegado yo á los veinte años, y era incapaz de todo, excepto de arrojarme al fuego por ella.

Merced á su amor excesivo, no había consentido jamás que yo me separase de su lado, y cuando se tenga presente que naéi y me crié en Villers-Cotterets, pequeña ciudad que no pasa de dos mil almas, se adivinará al momento que los medios para mi educación no han de haber sido abundantes: no obstante, todo lo que la ciudad ofrecía bajo este aspecto, se había puesto á mi disposición. Un bueno y animoso abad á quien todo el mundo quería y respetaba, mas por el cariño é indulgencia que tenía con sus parroquianos, que por su talento, me había dado durante cinco ó seis años lecciones de latín, y hecho hacer algunas versiones en versos franceses. En cuanto á la aritmética, tres maestros de escuela habían tenido que abandonar la idea de meterme en la cabeza las cuatro primeras reglas: en cambio y bajo otros aspectos, poscía ya las ventajas físicas que da una educación agreste, es decir, montaba yo en caballos briosos, caminaba doce leguas á pié para ir á bailar á una diversion, tiraba regularmente la espada y la pistola, jugaba á la pelota como San Jorge, y á treinta pasos rara vez se me escapaba una liebre ó un conejo.

Estas cualidades me habían grangeado cierta celebridad en Villers-Cotterets; pero debían servirme muy poco en París: en consecuencia, y después de haber reflexionado mucho y escamado maduramente mi conciencia, pensé que no estaba bueno mas que para *empleado*, y toda mi ambición se fijó en solicitar una plaza en lo que genéricamente se llama *oficinas*.

Acabados mis preparativos, salí de mi casa para anunciar á todos mis amigos que partía para París: en la calle encontré al encargado de las diligencias, hombre que me tenía mucho cariño, y que me había enseñado las primeras rudimentos de billar. Propíusome que por despedida jugáramos una tregua, y como me había

aprovechado admirablemente de sus lecciones, le gané el importe de un asiento en el coche, circunstancia que contribuyó á conservar intactos mis cincuenta y tres francos.

En el café se hallaba un antiguo amigo de mi padre, y además de la amistad que siempre había manifestado á mi familia, tenía un profundo reconocimiento por las atenciones que recibí en mi casa, en una ocasión en que lo condujeron á ella herido, á consecuencia de una caída en la caza. Ofrecíame una carta para el general Foy, su discípulo en el colegio, la cual acepté marchándome en seguida á decir adiós á mi digno abate del cual me aguardaba un largo discurso moral, sobre los peligros de París, las seducciones del mundo &c.... El hermano eclesiástico aprobó mi resolución, y me abrazó con ternura, porque yo era su discípulo querido. Cuando yo le pedí algunos consejos, abrió el Evangelio, y me señaló con el dedo estas solas palabras: *No hagas á otro lo que no quieras para ti*.

En la tarde misma me puse en camino con gran sentimiento de mi madre, de la que me separaba yo por la primera vez; mas se consoló pensando que como con cincuenta y tres francos no podía yo ir muy lejos, pronto regresaría.

Por lo demás, entraba yo en el mundo con ideas de moral y de religión completamente erróneas: era materialista y voltariano hasta las uñas, colocaba al *Compadre Mateo* en el catálogo de los libros elementales; prefería Pigault-Lebrun á Walter-Scott; y en fin hacía pequeñas composiciones poéticas, por el estilo de las del cardenal Bernis y de Evaristo Paruy. Mis opiniones políticas eran indecisas en esa época; ó por mejor decir institivas hasta cierto punto, pues mi padre al morir me las había legado. De esa época á la presente ellas se han confirmado mas sin cambiar en la sustancia. En cuanto á mi afición por la poesía ligera, provenia acaso de que había yo nacido en la misma recámará en que murió Demoustiers.

Llevando conmigo esta suma intrínseca de cualidades físicas, y de conocimientos morales, descendí en una modesta posada de la calle de San German de Auxerrois, convencido de que se calumniaba á la sociedad, de que el mundo era un jardín con flores de oro, cuyas puertas se iban abrir á mí llegada, y que no tenía yo mas trabajo, como Ali-Baba, que decir la palabra *sesame* para hendir las rocas.

En la misma noche escribí al ministro de la guerra pidiéndole una audiencia: le especificaba los derechos que tenía para solicitar este favor, y lo apoyaba en el nombre de mi padre, á quien no podía haber olvidado; le recordaba la antigua amistad que habían tenido &c. &c.

Enviada mi carta, me dormí tranquilamente y tuve sueños de las mil y una noches. Al siguiente día la primera visita que hice fué al general Jourdan. Se acordaba muy vagamente que había habido un cierto general llamado Alejandro Dumas; pero nunca había oído decir que existiese un hijo suyo. A pesar de todo lo que le dije, me despedí de él á los cinco minutos, dejándolo dudoso de mi existencia.

De casa de Jourdan me dirigí á la del general Sebastiani, al que en efecto encontré en su estudio, dictándoles á cuatro escribientes á la vez, que cuando se aproximaba el general le presentaban una caja de polvos de oro, donde el general introducía con delicadeza sus dedos. A pesar de la consideración que me inspiraba el personaje, no me sentí con fuerzas para resolverme á ser un escribiente, ó mas bien dicho, su *porta-tabaquera*.

Volví á entrar á la posada un poco disgustado. Los dos primeros hombres á quienes había visto, habían soplado á mis sueños de oro, y los habían empañado. Tomé un Almanaque que había comprado, y me puse maquinalmente á hojearlo. Había perdido mi gozosa confianza, y comenzaba á experimentar esa opresión de corazón, que se aumenta á medida que las ilusiones desaparecen. Leyendo el Almanaque sin comprender nada, ví un nombre que había oído repetir frecuentemente á mi madre con mucho elogio. Este nombre era el del general Verdier, que había servido en Egipto bajo las órdenes de mi padre. Inmediatamente tomé un cabriolet, y me dirigí á la calle del Barrio de Montmartre núm. 4, donde vivía.

El general Verdier pregunté al portero. En el cuarto piso á la izquierda.

Hice que me repitiera las señas. Efectivamente, había yo oído bien.

¡Pardiez! decía yo al subir las escaleras, esto no se parece ni á los lacayos de librea del mariscal Jourdan, ni á los criados suizos del hotel Sebastiani.

El general Verdier en el cuarto piso...? Este hombre al menos debe acordarse de mi padre. Llegué, pues, á la consabida puericilla, y tiré de un modesto cordón verde. El corazon me latía como si fuera á saltárseme del pecho; porque aguardaba esta tercera prueba para saber lo que debía pensar de los hombres.

Oí los pasos que se aproximaban, y abrió la puerta un hombre como de sesenta años, con una gorrilla burlada en la cabeza, una bata y un pantalon de pié entero. En una mano tenía una paleta llena de colores, y en la otra un pincel. Creí que me había equivocado, y miré á las otras puertas.

—¿Qué decís, caballero! me dijo.

—Ofrecer mis respetos al general Verdier,

lo contesté; pero creo que me he engañado, y que no es esta la casa.

—Por cierto, no os engañáis, esta es la casa. Entré en un taller.

—Me dispensareis, caballero, continuó el hombre de la gorrilla, sentándose á pintar un cuadro que estaba en un atril.

—Continuad, le respondí, pues solo desearé me indiquéis dónde encontraré al general....

El pintor se volvió hacia mí.

—Y bien, por Dios, yo soy el general.

—¡Vos!... Yo fijé mis ojos en él con una sorpresa tan marcada, que se echó á reír.

—Os asombráis de verme manejar el pincel, ¿no es verdad, repuso el general, despues de haber oído decir que manijaba muy bien el sable? Qué queréis, tengo la mano impaciente, y es fuerza que la ocupe en alguna cosa. Veamos... y ahora ¿qué me queréis?

—General, le dije: soy el hijo de vuestro antiguo compañero de armas en Egipto, del general Alejandro Dumas.

A estas palabras se volvió vivamente hacia mí, me miró con atención, y exclamó despues:

—Por Dios que es verdad; sois su vivo retrato.

—Dos lágrimas llenaron sus ojos, y arrojando el pincel, me tendió la mano, que yo tenía mas deseos de besar que de estrechar.

—Ehl y ¿qué asunto os trae á París, mi pobre muchacho, continuó, porque si mal no me acuerdo, vos viviais con vuestra madre en una pequeña villa?

—Es verdad, general; pero mi madre ha envejecido, y somos pobres.

Dos canciones, de que sé el tono, murmuró entre dientes.

—Ahora he venido á París á solicitar una placita en alguna oficina, para mantener á mi vez á mi pobre madre, como ella me ha mantenido hasta ahora.

—Muy bien hecho; pero una plaza no es cosa fácil de conseguir en los tiempos que corren: hay multitud de nobles y de ahijados que colocab, y para ellos todo es bueno.

—Pero, general, yo cuento con vuestra protección....

—¡Hum!

Yo repetí la frase.

—¿Mi protección? Verdier sonrió amargamente. —¿Mi protección?... Si tú quieres tomente. —¿Mi protección?... Si tú quieres tomar lecciones de pintura, te las daré gratis; pero si no aventajas á tu maestro, no serás gran artista. —¿Mi protección?... Bien, yo te agradezco mucho esa palabra; porque acaso solo tú en el mundo piensas pedírmela hoy.

—Y ¿cómo es eso?

—Es, que esa canalla, bajo el pretexto de una conspiración, me ha relegado al olvido....



suerte que yo pinto cuadros, y... si quieres, aquí hay una paleta, unos pinceles, y un lienzo de 36 pulgadas.

—Gracias, general, gracias; nunca he sabido hacer mas que alcatayas y ojos; el aprendizaje sería largo, y ni mi madre ni yo, podemos aguardar.

—¿Qué quieres, amigo mio; es todo lo que puedo ofrecerte por ahora?... ¡Ah! y tambien la mitad de mi bolsa, aunque no vale la pena. Diciendo esto, abrió el cajoncito de un escritorio, en el cual habia dos piezas de oro, y cuarenta ó cincuenta francos en plata.

—Gracias, general, soy á poco mas ó menos tan rico como vos. A mi vez, tenia yo los ojos llenos de lágrimas. Os lo agradezco mucho, y no deseo sino que me aconsejéis los pasos que debo dar.

—¡Oh! en cuanto á esto lo que tú quieras.—Veamos qué has hecho hasta ahora.

—He escrito al mariscal duque de Beluna. El general hizo un gesto, que traducido quería decir: "si cuentas con ese apoyo, pierde las esperanzas."

—Tengo todavía, añadió, y respondiéndolo á su pensamiento, una carta de recomendación para el general Foy, diputado de mi Departamento.

—¡Ah! esto ya es otra cosa. Muy bien, hijo mio: te aconsejo que no aguardes la respuesta del ministro: mañana, que es domingo, lleva tu carta al general, y tranquilízate, porque te recibirá bien. Ahora ¿quieres comer conmigo? Hablaremos de tu padre.

—De buena gana, general.

—Pues corriente; déjame por ahora trabajar, y vuelve á las seis.

—Inmediatamente me despedí del general Verdier, y bajé los cuatro tramos de la escalera con el corazón mas alivido. Las cosas y los hombres comenzaban á presentármese en su verdadero punto de vista, y este mundo desconocido para mí, comenzaba desarrollarse á mi vista, tal como Dios lo ha hecho, es decir, bordado de bienes y de males.

A la mañana siguiente, me presenté en casa del honorable general. Fui introducido á su gabinete, donde trabajaba su *Historia de la Peninsula*. En el momento en que entré, escribía de pie en una mesa, donde estaban esparcidos con un aparente desorden, discursos, cartas geográficas, y libros entreabiertos.

Al oír que la puerta de su santuario se abría, se volvió con la vivacidad que le era habitual, y fijó sus ojos penetrantes en mí.—Yo estaba temblando.

—¡El Señor Alejandro Dumas! me dijo.

—Sí, general.

—¿Sois el hijo del que mandaba en jefe el ejército de los Alpes?

—Sí, general.

—Era un valiente. ¿Puedo seros útil en alguna cosa? Tendría mucho placer en ello.

—Os agradezco mucho vuestro interés. Tengo que entregaros una carta de Mr. Dandré.

—Oh, es mi buen amigo; y ¿qué hace?

—Está muy satisfecho de haber servido de algo en vuestra elección.

—¿De algo?... Decid de todo, contestó, rompiendo el sello de la carta. Espero que mi nombramiento no le habrá ocasionado ningun disgusto. Veamos qué me dice. (Se puso á leer). ¡Ah! os recomiendo mucho; se conoce que os quiere.

—¿Como á su hijo!

—Y bien, veamos ahora: (él se acercó á mí) ¿qué haremos con vos?

—Todo lo que gustéis, general.

—Es menester que antes sepa yo para qué sois bueno.

—Para muy poco.

—Veamos: ¿qué sabéis? ¿Un poco de matemáticas?

—No, general.

—¿Teneis al menos nociones de álgebra, de geometría, de física?—El se contenía á cada palabra, y á cada palabra sentía que el rubor encendía mi cara, y el sudor inundaba mi frente. Era la primera vez que me hallaba cara á cara con mi ignorancia.

—No, general, contesté balbuciendo. Elnotó mi turbación.

—¿Habeis estudiado derecho?

—No, general.

—¿Sabéis el latin y el griego?

—Un poco.

—¿Hablais algunas lenguas vivas?

—El italiano bien, el alemán bastante mal.

—Entonces, procuraré colocaros en casa de Lafitte: ¿entendeis algo de castidad?

—Absolutamente nada. Yo estaba en un suplicio, y él mismo sufría evidentemente por mí.

—¿Oh general! le dije con un acento que pareció conmovirlo; mi educación ha sido casi nula, y ¡cosa vergonzosa! hoy es la primera vez que lo conozco; pero la reformaré, y os doy mi palabra de honor.

—Pero entre tanto, amigo mio, ¿teneis de que vivir?

—¿Oh, nada, nada tengo, exclamé abatido por la convicción de mi inutilidad!

El general reflexionó un instante.

—Dadme las señas de vuestra casa, y pensaré lo que se puede hacer con vos.

Presentóme tinta y papel, y tomó la pluma, con la cual acababa el general de escribir. La miré mojada todavía, y la puse sobre el bufete.

—Y bien!

—No escribiré con vuestra pluma, general: eso sería una profanación.

—¿Qué niño sois! vaya, aquí está otra nueva. —Gracias. Yo escribí: el general me miraba. Apenas habia yo escrito algunas palabras, cuando palmitoteó gozoso.

—¡Nos hemos salvado! exclamó.

—¿Por qué?

—Porque vos teneis una hermosa letra.

Yo dejé caer la cabeza sobre el pecho. ¿Una hermosa letra! Hé aquí todo lo que yo tenia. ¡Oh! el brevete de incapacidad, el título de tontera lo tenia yo, y era mio, puesto que tenia yo una hermosa letra.

El general Foy continuó, sin notar lo que pasaba en mí:

—Oid: hoy me quedo á comer en casa del duque de Orleans, y le hablaré de vos. Sentaos, y haced una solicitud lo mas bien escrita que sea posible.

Obedecí con puntual humildad, lo cual hubiera sido una recomendación para mi futuro jefe de oficina, si él hubiera podido verme.

Cuando concluí, el general Foy escribió algunas líneas en el márgen. Despues dobló el memorial y lo metió en la bolsa; y tendiéndome la mano para despedirse, me convidó á almorzar con él la mañana siguiente.

Como era de presumir, al otro dia me dirigí á la casa del general Foy, que era mi única esperanza. Se acercó á mí con un semblante risueño, que me pareció de buen agüero.

—Vuestro asunto está hecho, me dijo.

—¿Cómo así?

—Si: entráis en la secretaría del duque de Orleans, como supernumerario, con el sueldo de mil doscientos francos cada año; no es gran cosa; pero de vos depende el adelantar.

—Es una fortuna entera. ¿Y cuándo tomaré posesión?

—Hoy mismo si quereis.

—Y cómo se nombra mi jefe?

—M. Oudard. Os presentareis á él de mi parte.

—Permitid que anuncie esta noticia á mi madre.

—Muy bien: sentaos, y hallareis cuanto es necesario para escribir.

De hecho, escribí á mi madre que vendiese cuanto le quedaba. Mil doscientos francos cada año, me parecian una suma inagotable. Cuando concluí, me volví hácia el general, el que me miraba con una bondad inesplorable. Esto me recordó que no le habia dado las gracias; salté á su cuello, y lo abracé. El se echó á reir.

—Teneis un excelente fondo de alma, me

dijo; pero acordaos de lo que me habeis prometido; estadid.

—Sí, general, voy á vivir hoy de mi letra; pero os prometo, que algun dia viviré de mis escritos.

—Entre tanto almorcemos, porque es necesario que yo concurre á la cámara.

Un criado trajo una mesa pequeña al gabinete, donde almorcamos. Inmediatamente que concluí el almuerzo, me despedí del general, y de dos saltos materialmente, me puse de la calle del Monte-Blanco, al palacio real. Mr. Oudard me recibió yo bien que no la debia por cierto á mi mérito personal. Instalóme en una mesa donde habia otros dos jóvenes, que de luego á luego traté como compañeros, y hoy son mis amigos.

Inmediatamente pensé en cumplir la promesa que le habia hecho al general, y estudiar seriamente. Sabia lo bastante de latin, para seguir solo los estudios de esta lengua: así, pues, con lo que me quedaba de los cincuenta y tres francos, compré un Juvenal, un Tácito, un Suetonio. Habíame gustado mucho la geografía, y convertí su estudio en una especie de recreación. Conocia á un médico, y le supliqué me llevara al hospital de la caridad para ejercer un curso de fisiología, y como el mismo jóven era buen físico y buen químico, aprendí muy pronto de estas dos ciencias, al menos lo que es necesario que sepa un hombre de mundo. Mi constitución de fierro me permitía estudiar dia y noche, de manera que un cambio rápido se efectuó en mi existencia moral y material, y á cabo de dos meses cuando mi madre llegó, apenas me reconocia.

Entonces comenzó esta lucha obstinada de mi voluntad, la lucha tanto mas singular, cuanto que no tenia un objeto fijo; y tanto mas constante, cuanto que me era necesario aprenderlo todo. Ocupado ocho horas diarias en la oficina, solo las noches me pertenecian exclusivamente. Durante estas vigiliás calenturientas y fatigosas, me acostumbré á este trabajo, trabajo silencioso y nocturno, que hacia aun á mis propios amigos dudar de mis obras, porque no podian adivinar á qué horas ni en qué tiempo yo las hacia.

Esta vida interior que se ocultaba á las miradas de todos, duró como tres años, sin que me produjera ningun resultado visible, porque ni aun experimentaba la necesidad de producir. Habia seguido con cierta curiosidad las obras teatrales en su caída ó en su éxito; pero como no me simpatizaba ni la construcción dramática, ni la forma dialogada de esta clase de obras, me sentia incapaz de producir una cosa semejante, llamando solamente mi aten-



cion, la admiracion que se dividia entre el autor y el cómico, admiracion que jugaba que Talma solo tenia derecho de reclamar.

Por este tiempo los actores ingleses llegaron á París. Jamas habia yo leído una sola pieza del teatro extranjero. Anunciaron el *Hamlet*. Yo conocia el de Ducis; pero necesitaba ver el de Shakespeare.

Suponed á un ciego de nacimiento al cual de repente se le vuelve la vista y mira un mundo entero, del cual no tenia ni la mas leve idea. Suponed á Adán despertando despues de la creacion, y encontrando bajo sus piés la tierra esmaltada, sobre su cabeza el cielo azul y radiante, á su alrededor los árboles con frutos de oro, á lo lejos un rio, un hermoso y ancho rio de plata, y á su lado á la muger casta, linda y desnuda, y tendreis una idea del encantado Eden, cuyas puertas se me abrieron con la representacion del drama de Shakespeare.

¡Oh! esto era lo que yo buscaba, esto era lo que me faltaba hacia tanto tiempo, y que al fin debia encontrar.

Eran estos actores de los que olvidan que están en un teatro, y que convierten la vida ficticia, en la vida real y positiva, á fuerza de arte y de talento; que por la verdad de la palabra, de los gustos y de los movimientos, se convierten en criaturas de Dios con sus virtudes, sus pasiones, y sus debilidades, y no en personajes mentecatos, impasibles y frios, que declaman sentenciosamente. ¡Oh Shakespeare, gracias! ¡Oh Kemble y Smithson, gracias! ¡Gracias á mi Dios! ¡Gracias á mis ángeles de poesía!

Despues ví tambien á *Julietta y Romeo*, á *Virginus*, *Shylock*, *Guillermo Tell*, y *Otelo*; ví á los actores Macready, Kean-Young, y no lei sino que devoré el repertorio extranjero, reconociendo cada vez mas, que en el mundo teatral todo emanaba de Shakespeare, como en el mundo real todo emana del sol; que ninguno podia comparársele, porque es tan dramático como Corneille, tan cómico como Moliere, tan original como Calderon, tan reflexivo como Schiller, tan apasionado como Goethe; reconoció que sus obras solas encierran tantos tipos, como las obras reunidas de todos los demas; reconoció por fin, que era el hombre que habia creado mas despues de Dios.

Desde entonces mi vocacion se decidió. Sentí que esta especialidad á la cual cada hombre es llamado, se me ofrecia; tuve en mí una confianza ciega, que me habia faltado hasta entonces, y me lancé al porvenir, contra el cual habia temido siempre estrellarme.

Sin embargo, conocia las dificultades de la carrera que iba á abrazar, y sabia que para mas que otra alguna se necesitaban estudios profun-

dos y especiales, y para hacer esperiencias con buen éxito, con la naturaleza viva, era necesario haber estudiado asiduamente la naturaleza muerta. Tomé unos despues de otros á estos hombres de ingenio llamados Shakespeare, Corneille, Moliere, Calderon, Goethe, Schiller, y examiné sus obras, como los cadáveres en la plancha de un anfiteatro, y durante horas enteras con el escalpelo en la mano los penetraba hasta el corazon, para hallar las fuentes de la vida y el secreto de la circulacion de la sangre. Adiviné por qué mecanismo admirable disponian los nervios y los músculos, y reconocí con qué artificio modelaban las carnes en unas osamentas que han sido siempre las mismas.

Porque son los hombres los que inventan, y no el hombre. Cada uno llega á su vez y á su hora, á apoderarse de las cosas conocidas de sus padres, las trasforma por medio de nuevas combinaciones, y muere despues de haber añadido una partícula, al gran total de los conocimientos humanos que el lega á sus hijos, como una estrella en la Via láctea. En cuanto á la creacion completa de una cosa, la creo imposible, y Dios mismo, cuando creó al hombre, no pudo ó no quiso inventar, y lo hizo á su imagen y semejanza."

La estrechez de este artículo nos obliga á no traducir íntegro este precioso fragmento, y así nos contentaremos con extractar.

Dumas continuó en su oficina por la mañana, y estudiando por la noche; mas para llegar á la ejecución de su obra, le pidió permiso á Mr. Oudard, jefe de su oficina, para no concurrir por las tardes. A pesar del cariño que este individuo profesaba á Dumas, no se atrevió á concedérsela, por no introducir el mal ejemplo entre sus compañeros; pero si lo trasladó á la direccion de Bosques, donde no se asistia mas que por la mañana. Las dificultades de Dumas no disminuyeron, pues se le colocó en un salon donde estaban instalados cinco ó seis empleados ociosos y buscando en la conversacion un recurso para matar el tiempo, circunstancia que prueba que los covachnellistas de todo el mundo son iguales. Dumas se apoderó de un cuartito donde el portero guardaba las botellas vacias de tinta. El valiente portero, que vio invadido su domicilio, se incomodó con Dumas, y llevada la queja al director, éste sentenció en favor del portero; cosa que prueba tambien que los directores de todas las oficinas son iguales.

La vocacion del autor estaba decidida, y á pesar de los empleados platicones, de las hostilidades del portero, y de la falta de consideracion del director, hizo un ensayo de una tragedia y una traduccion de Goethe, que condenó

al fuego, hasta que produjo á *Cristina*, drama que leyó al Baron de Taylor, comisario real del teatro francés. La pieza agradó á Taylor, y la recomendó; pero intrigas de bastidores, que nunca faltan, hicieron que se dilatara la representacion mucho tiempo. Como el Baron de Taylor estaba viajando en el Oriente, *Cristina* no podia darse al teatro. Dumas vió un dia un tomo de la historia de Anquetil, y de allí le vino la idea de hacer el drama Enrique III, que se representó y obtuvo un éxito brillante, habiendo asistido al teatro el duque de Orleans y todo lo mas distinguido de la nobleza de Francia. Desde entonces ya no hubo duda alguna; Dumas era un gran poeta, y un hombre que no necesitaba del miserable sueldo en la direccion de bosques.

No era una concepcion única la que Dumas tenia en su cabeza; era un teatro entero, pues á muy poco tiempo dió sucesivamente á *Carlos VII*, *Cristina*, *Antony*, *Ricardo d'Harlington*, *Teresa*, *Angela*, y otras. Todas tuvieron un éxito brillante en los teatros en que se representaron, á lo cual contribuyó mucho la célebre Madama Dorval, y Bocage, que comprendían y desempeñaban admirablemente sus papeles.

Despues el infatigable escritor no ha cesado de dar al teatro sus producciones. *Catalina Howard*, *Paul Jones*, ó Pablo el marino, *Gabriel de Belle Isle*, *Un casamiento en tiempo de Luis XV*, *Halifax*, *Mac Allan*, *Moiselles de San Cyr*, y otras que se han representado ya en los teatros de México repetidas ocasiones, prueban la fecundidad de Dumas.

Ahora dejando aparte la fecundidad del escritor, si entramos en el exámen literario de sus obras, hallaremos que Dumas ha formado un teatro suyo, por decirlo así; cosa que en Francia donde hay tanto crítico y tanto autor, no es dado sino á los hombres de un talento colossal. En todas las piezas dramáticas de Dumas se observa un profundo conocimiento del corazon humano, un estudio detenido de las pasiones, y un tacto fino, para presentar á la sociedad de una manera verídica, y que sin embargo sorprende. El estudio que hizo Dumas de los autores alemanes é ingleses, y la manera con que creyó que debía aplicarlo á la moderna sociedad, formó en Francia una revolucion dramática, y el jóven desconocido que despreciaba al portero y el director de bosques, llegó á ser uno de los caudillos que se lanzaban á la arena, pretendiendo resucitar á nueva y gloriosa vida, la antigua escuela de Calderon y de Shakespeare, que habia sido condenada al desprecio por la filosofia del siglo XVIII, exceptuándose á Voltaire, que antes que ninguno,

conoció el mérito del teatro inglés, y á Racine y Corneille, que bebieron en las fuentes inagotables del genio español. Cuando decimos que la filosofia del siglo XVIII habia consignado al desprecio la antigua forma dramática, no se crea que hablamos con esos grandes hombres, á quienes su juicio y su talento, les hacia conocer lo bueno de todos los tiempos y de todos los países; sino á ese enjambre de capacidades subalternas, de críticos presuntuosos, que pululan al derredor de los astros literarios, y que como los mosquitos, opacan un momento la luz del sol; pero nunca logran oscurecerla enteramente.

Muchos consideran mas dramático á Victor Hugo; en cuanto á nosotros, si guiados por el respeto que tambien nos inspira este hombre admirable, omitimos sentar una calificacion, si decimos que es el único que puede rivalizar con Dumas. Victor Hugo ha buscado siempre en el teatro las sorpresas, los lances comprometidos, las situaciones peligrosas que casi contienen la respiracion del auditorio. Dumas, sin poner tanto estudio en esta parte, por cierto demasiado interesante, se ha valido del arbitrio de hablar al corazon, de conmovier vivamente el ánimo, y de interesar á su auditorio, presentándole esos lances supremos de la vida, revestidos de una poesia y de una gala en el lenguaje, que arrebatan la admiracion, aun de los ancianos mas encaprichados, en que solo lo escrito por Moratin es bueno, y que apenas conceden al Tartuf de Moliere un mediano mérito.

En *Antony*, *Angela* y *Teresa*, que fueron unas de las primeras producciones de Dumas, se echa de ver, que el autor que daba sus primeros pasos, queria consignar unos tipos eternos, que jamas hicieran olvidar á quien los habia concebido. En México han parecido algunas de estas piezas inmorales, y las dos primeras no se han representado; mas es necesario tener presente, que Dumas escribe en medio de una sociedad ó mas civilizada, ó mas corrompida, y que esos suicidios, esos venenos, esos daños que aquí nos asustan y parecen imposibles, se verifican allí diariamente. Los franceses nerviosos, diariamente se baten en el bosque de Bolenia, y las francesas nerviosas todos los dias se arrojan en el Sena, y se regalan con un tósigo con tanta sinceridad, como si tomaran una taza de té con leche. Basta leer los periódicos para convencerse de estos hechos que algunos reputan, y nosotros en ellos, como pruebas de que en medio del lujo y del refinamiento social existe en el corazon de la Europa, cierta dosis de barbarie, y una absoluta falta de creencias religiosas. Era pues preciso que el drama fuese parecido á la sociedad, porque es sabido que los escritores reciben las impresiones de lo



que ven, de lo que oyen, de lo que les rodea.

En sus dramas posteriores Dumas ha sido muy piadoso consigo mismo, y con el público. El Mulato es una producción de un fia altamente moral, y que tiene nada menos á destruir esa preocupación, esa lucha eterna que han sostenido los blancos con la gente de color. Este mismo objeto se propuso con mas estension en una novela que publicó en 1842, titulada *Georges*.

*Pablo el Marino*, ha sido una de las obras mas acabadas de Dumas, y que en mi concepto puede servir de modelo de drama romántico, si bien algunos críticos han notado ser un defecto valerse del arbitrio de presentar en espectáculo los sufrimientos físicos. Los que han visto este drama recordarán que el viejo Achard agoniza y se muere en la escena. En cuanto á Pablo, al héroe principal, es un tipo de valor y de generosidad que interesa como un hijo. Dumas compuso su drama durante sus escursiones por el Mediterráneo, y á eso en nuestro juicio, debe el que su héroe sea tan poético y tan interesante. Aquellas brisas, aquella luz y aquel cielo de Italia, iluminado por las noches con el resplandor de los volcanes, influyeron sobremanera en la dulcísima poesía que está derramada en toda la composición. Los lectores recordarán la descripción que hace Pablo del mar. Es admirable, y la arpa sonora de La-Martine, no se hubiera desafiado de producir tan sentida vibración.

Dumas emprendió un viaje á Suiza, y produjo una obra titulada: *Impresiones de viaje*. Es imposible leer otra cosa mas interesante y mas tierna. Aquellos lagos espaciosos y tranquilos, aquellos valles fértiles y pintorescos, y aquellas altísimas montañas coronadas de nieve, están descritas con tanta sencillez y dulzura, que parece está uno leyendo las suaves pinturas que Virgilio hace del campo; y después la historia, las tradiciones populares y la poesía de esos amables pueblos de montaña, están contados con tanta sencillez y naturalidad, que mas bien se cree que sea una ficción y no una realidad la que se lee. En cuanto á nosotros algunas veces que en un rincón de México, privados de nuestros amigos, y excluidos por decirlo así de la sociedad, hemos tenido á mano las Impresiones de viaje, no hemos podido menos de besar las hojas del libro, de regalarlas con nuestras lágrimas, y de bendecir al hombre que tan dulces emociones nos ha hecho sentir.

Otra de las obras llenas de sentimentalismo y de bellezas, es la novela titulada: *Paulina*. Es la historia diaria de esas pasiones malogradas, de ese amor indiscreto que depositan las mugeres en un hombre que las deshonra y las traiciona, y cuyallaga profunda, solo se cicatriza con

el amor respetuoso y santo de otro amante. Paulina murió amando ya á su nuevo caballero; pero cuán interesante es el *Alfredo*, conduciendo al traves de la Suiza á Paulina doliente, pávida, interesante por sus mismas desventuras. El asunto de la novela parece al menos, según lo asegura Dumas, tener un fondo de verdad; pero ficción ó realidad, es un libro que se lee sin fastidio dos ó tres veces, y en punto á novelas somos de los que quedamos enteramente satisfechos con una sola lectura.

De regreso Dumas á Francia pensó dedicarse á estudios mas serios. La historia cayó bajo su dominio, y la embelleció, porque Dumas como los mágicos de las Mil y una noches, encanta y llena de brillo y de magnificencia cuanto toca con la pluma. Los crónicas del amable historiador Froissard, los escritos de Joinville y de Felipe de Comines, fueron el estudio favorito de nuestro poeta, y á poco tiempo y como fruto de sus vigilias publicó á *Isabel de Baviera* y la *condesa de Saltsbury*. La primera obra es toda la historia del reinado de Carlos VI, época bastante luctuosa por cierto, en que noche á noche combatían en las calles de París los Armañacs y Borgoñones, mientras Isabel se entregaba á sus ilícitos amores, y al pobre rey demente se le abandonaba en un castillo.

La segunda es toda la historia del reinado del gran Eduardo III, y señaladamente merecen una atención especial los episodios de las campañas en Escocia, de Roberto Bruce y Babil. Es una obra que si no se supiera ser de Dumas, se creeria que era de Walter-Scott.

Otra de las obras históricas de Dumas donde se echan de ver sus profundos estudios, y su vasta erudicion, es la titulada: *Gaula y Francia*, precioso compendio donde se encuentra la crónica de las dos razas carlovingiana y merovingiana.

El año de 41 ó 42, según creo, Dumas se dirigió á hacer una escursión á las orillas del Rhin, y á su vuelta á Paris publicó: *Las escursiones á las riberas del Rhin*. Por este tiempo Victor Hugo hizo tambien un viaje y publicó una obra en dos tomos, *El Rhin*. Hemos leído las dos obras y le damos la preferencia á la de Dumas, exceptuando una serie de capítulos históricos que Hugo bautizó con el modesto nombre de *conclusion*. Este trozo es una verdadera creación; cada línea contiene un pensamiento nuevo, profundo, infinito, como lo es ese genio meditabundo y sombrío, del autor de Nuestra Señora de Paris, que casi inspira miedo. Dumas contó sencillamente las tradiciones populares, y los recuerdos históricos, y nos presentó á la Alemania, como á la Suiza, con toda su poesía, con todo el romanticismo

con que la naturaleza y los acontecimientos han engalanado á esos países.

Posteriormente Dumas ha abandonado al drama sentimental, y se ha apoderado de la comedia maligna y satírica, ha dejado la anatomía de Shakespeare y examina ahora los cadáveres de Moliere y de Picard. Imposible es reconocer en el autor de *Halifax* y de *Las señoritas de San Cyr* al melancólico creador de *Teresa y Angela*. En este género tambien se singulariza, y esta nueva clase de producciones es de Dumas, y nada mas que de él.

Últimamente hizo un viaje al Mediterráneo, y produjo al *Speronare*, *Corricoli* (\*) y el *Capitan Arena*. Estas obras no son mas que unas nuevas impresiones de viajes bastante agradables y bien escritas; pero en nuestro juicio de menos mérito que las que tratan de Suiza y el Rhin.

El estilo que generalmente usa Dumas en todas sus producciones, en prosa, es generalmente sencillo y puro, y solo de vez en cuando deja caer un pensamiento suave y poético, como esas estrellas que van luciendo en las tardes al ausentarse el sol.

Dumas, según se nos ha dicho por personas que lo han conocido, es de un trato amabilísimo hasta tocar en prodigo; así es que después de las considerables sumas que ha ganado con sus escritos, está lo que puede llamarse pobre.

Dumas tuvo unos amores con la señorita *Ida*, actriz del teatro de la Puerta de San Martin, ó del Ambigu cómico. Estos amores le ocasionaron algunos compromisos, y él por cumplir con su honor y con sus deberes, se casó con *Ida*, circunstancia que le acarrió mucha crítica y disgustos. No obstante, concurrieron á su casamiento La-Martine, Chateaubriand, y según se nos ha dicho, algunas personas de la familia real que siempre han tenido mucho cariño por el ilustre poeta.

En México algunas personas preocupadas que no han leído nunca las producciones de Dumas, lo creen un loco, un hombre sin genio y sin instrucción, un romántico en fin, como ellas dicen; pero por estos apuntes biográficos se echará de ver que ese es un concepto de todo punto equivocado.

Citaré en apoyo de mis opiniones, una bastante respetable. El Sr. Quintana Roo, educado y nutrido con la literatura clásica, jamas habia querido leer nada de las producciones modernas. Una vez el Correo francés publicó un ar-

tículo de Dumas, con motivo de la desgracia acaecida al heredero del trono de Francia. El Sr. Quintana lo leyó, y le agradó tanto, que según nos dijo, lo habia leído tres veces. A pocos dias le mandé el *Rhin* y cuando lo volví á leer me dijo que materialmente estaba enamorado de Dumas. Esto lo citamos para que se vea que nuestros elogios no son exagerados.

Por último, asentamos, que exceptuando algunos dramas, todas las creaciones de Dumas son morales, llenas de sencillez y de virtud, y que ciertamente no es de los románticos que han causado el menor daño, ni á la sociedad ni á la moral.

A Chateaubriand, á La-Martine, á Dumas, es preciso adorarlos como personas de nuestra familia, cuando se leen sus obras; respecto al último, sin hacer un paralelo de su talento, somos fanáticos por él, y sus acérrimos defensores. Hemos leído casi todas sus obras, y los ratos de placer que nos ha proporcionado este hombre fecundo, amable y casi candoroso como un niño cuando escribe, y las que podemos pagar consagrando á su memoria estas líneas.

Octubre de 1844.

M. PAXÑO.

### EL SUSPIRO.

Traducción de las poesías de Reboul.

Todo es sueño pasajero,  
Cáliz de miel ó dulzura;  
Canto alegre ó lastimero  
Es sarcasmo en boca impura:  
Solo el cielo es verdadero.

Nace el sol y desaparece,  
El trono es artificial,  
La gloria se desvanece:  
Todo en la tumba perece  
Menos la luz celestial.

En mar tempestuoso, incierto,  
Yaga el hombre en frágil quilla,  
Lanzado de puerto en puerto  
Un sepulcro mira abierto:  
La paz en el cielo brilla.

T. S. Segura.

### Pensamientos.

El fruto del trabajo, es el mas dulce de los placeres.

Quien sabe sufrir todo, puede atreverse á todo.

Los débiles gustan algunas ocasiones que se les crea malos; mas los malos, siempre desean pasar por buenos.

(\*) Speronare es embarcacion que se usa en Nápoles, y las islas Jonicas y Corricoli un calecin ó birlocho.



## LA NODRIZA.

¡Ay! no siempre una madre cariñosa

Te cabe en suerte, malhadado infante,

Que en su seno te abrigue

Y á tu labio anhelante

Dulce néctar solícita prodigue.

No por tu cara linda

Es justo que prescinda

Del baile Doña Flor, del coliseo,

Del público paseo,

De visitar las tiendas de la plaza,

O tal vez de la cita misteriosa,

Do en adulterio torpe se solaza.

“¡Criar y mas criar! ¡Jesus, qué empácho!

¡Compádeczame ustedes!

Una muger de tono entre paredes

No ha de pasar su juventud amena.

¡Pues no fallaba mas! ¡Y este machacho

Que mama sin conciencia! Yo me seco.

¡Eh! que se desgañite enhorabuena,

O que le den gaspacho.

No he de morirle yo por un muñeco.”

Así razona, y razonando engulle

Ya el cangilón de pingüe gelatina,

Ya la perdiz sabrosa ó la gallina,

Ya la pintada trucha,

Ya un piélagro de espeso chocolate

Con esponjado bollo, ó con tomate

Luenga magra se embucha

Del animal grasiento que abomina

El pueblo de Israel. El apetito

Del cuidado angelito

Con lacéonico sorbo satisface,

Y, mármol á su queja,

Préndese la mantilla,

Y eternas horas luérfano le deja.

En tanto al jugo del materno pecho,

De insípida papilla

El glutinoso pábulo reemplaza,

Que ha de tragar el nene á su despecho,

Ante su llanto el alma despedaza.

Vieras allí la reiterada pugna,

De la fítmula hodonada que la embute,

Y del labio infantil que la repugna!

¡Vieras allí de su grossera boca,

Que no es tan infamada la de una foca,

A la del puro y candido retono

Trasegar la bazofia Maritornes!

Y si la arroja el desgraciado y chillá,

¡Erro que erre, y vuelta á la escudilla,

Y á la carga otra vez!—Crudo tormento,

¡Oh Tántalo! en castigo de tu crimen

Te depara de Júpiter la ira

Cuando á tu labio hambriento,

Que por ella sin término suspira,

Te defiende llegar la rubia poma

Que de fácil arbusto se desgaja;

Mas tal vez en crudeza le aventaja

La bárbara porfia

De forzar á que coma

Contra su gusto al prójimo ó sin gana,

Aunque le den olimpica ambrosia.

Otras madres, y abundan en la corte,

Yo pudiera citar una cohorte,

Nacidas entre el oro y los placeres,

Desde que nace el niño ¡qué mugeres.—

Como odioso embarazo

Le arrojan sin piedad de su regazo.

Empero de otras madres, ¡me horripilo!

Mas feroces quizá compran el quile,

Que arrebatadas de codicia inmunda

Y con el rostro enjuto,

El que dieron á luz misero fruto,

Ya de casta coyunda,

Ya de torpe concubito, almacenan

En público hospital, y al fruto ageno

Después alquilan el ingrato seno.

¡Siglo de vanidad y de miseria!

¡Qué diría á las madres de la Iberia

Una madre de Sparta ó de Corinto,

Y de Madrid se alzara en el recinto

Desde la yerba losa

Do su ceniza secular reposa?

No cual rosotras en serviles manos

Sus hijos entregaban;

Y no valian ellos

Menos que valen hoy los castellanos.

No sus pechos al párvulo negaban

Por conservarlos túrgidos y bellos.

¡Santa naturaleza!

Embelesada en su materno arrullo,

Les inspirabas tú mas noble orgullo,

Y en mengua de su nombre y su memoria

De efimera belleza

Abreviar no temian el imperio,

Si el público respeto grangeaban

Y á la virtud robustos y á la gloria

Los Leónidas, los Héctores criaban.

No entonces cual enjambre

Esguizaras con faldas se veían

Infestar la metrópoli opulenta

Que su sangre y su afrenta

Al que mejor pagaba revendian.

¡Qué es ver á la prolifera Cantabria,

Desde Irun á la Puebla de Sanabria:

Cual allá de sus mares

Acarrea besugos y salmones,

Madres acarrear al Manzanares!

¡Qué es ver tan molietuda y tan rolliza

Ostentar en landó por ese prado

Aureo galón sobre la verde falda

La pasiega nodriza,

Que ocho arrobas ayer sobre su espalda

De coton ambulaba y de terlices

En público mercado,

Y á riesgo de romperle las narices

Un robusto mamon de añadidura

En el cuevanno inmenso postergadol

¡Qué es ver sobre su seno eschorbitante

Sonreír á un infante

Que otra muger parió, y el dulce nombre

Prodigarla de madre, y de la propia

Algun beso tardío

Con desden rechazar y con hastío!

¡Oh de las *amas* pernicioso flujo,

Trampas de la infeliz naturaleza,

Cual si hartas ya no hiciera en esta corte

Al crédulo marido

La pérdida consorte!

¡Oh mundo corrompido!

¡Oh del soberbio, estravagante lojo

Desvario fatal, plaga ominosa!...—

Pero hablemos en prosa

Y dejemos el tono de cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este artículo, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miran, y amaman con ardiente idolatría al hijo de sus amores. También puede haber algo de ficción poética, ó de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros, y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido *burras de leche*, y *amas de orja*; y si es innegable, que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas, por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia á las primeras; esto es, á las *amas cuadrípedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad, y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título de una comedia que no tiene mas de bueno que el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre, no cabe en el corazón humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo, mas desinteresado, ni mas capaz de inspirar acciones heroicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza,

es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho, son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran, en el cuidado y educación de sus hijos, aun estas mismas ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Padiera argüirse diciendo que la multitud, todos los días creciente, de *amas* de leche, que hormiguean en la capital, atestiguan contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir, que muchas confían con harto dolor sus niños á záfias y descastadas paiegas, no por punible desvío hacia á ellos, ni por conformarse á las absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoísmo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que, obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso sí; pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas, del quebranto de su salud, las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturón; por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula, ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerde su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartos afanes lleva consigo el embarazo sin hacerlo mas penoso, sujetándose á molestias privaciones, y que por estar en *cinta* una dama no se ha de incomunicar como una lechuzca, ni ha de consentir que su morbido labeo sea indisciplinado, y que los *órbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujeción se desordenen y *traslúscen*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convenientes disculpas, ó no tener pizca de consideración y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegación, hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo, se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos, no teniendo *viveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas, conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero, sin inminente peligro de verle muero de inanición. Semejantes trabajos no suelen afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mugeres de los *sastres sin ejercicio*, ó de los empleados escudentes, ó de los cólicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!

Infinidad de mugeres de esta muy heroica



villa necesitan, pues, por varios motivos delegar en otro los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y gergañías.

El litoral de nuestro océano cantábrico, provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía; cuya casta, mas aventajada se produce en el famoso valle de Paz, de donde se deriva el nombre de *paciegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que proceden del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya padido las yerbas del Septentrion, ó las del Oeste de la Península, es forzoso que la nodriza sea montañesa para aspirar á la honra de dar teta al mamon que nació en dorada cuna; y aun así no está segura de conseguirlo, si el médico no certifica despues de un prolijo escámen, ¡diantre de médicos! que el ama carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quinque y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podría en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las paciegas el tener facciones regulares, y que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carriludas, y que sobre una espalda de rara y tercia de latitud, columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomuladas, y se les permite gastar una piel de becerro, para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas, que en grado igual no poseen los mencionados requisitos, pertenecen unas á la clase media, y otras á la plebe de las nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo; las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase), agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz, como en la *Tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y así como la leche de estas, esto es, de las ovejas de estramuros, cuesta mas barata; así tambien aquellas, quiero decir, las madres de alquiler, estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entre tanto, hilan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chico, para dejarse chupar por el ageno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante enjundia y osadía, para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas, y por un módico salario, á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces,

aunque se afanen por suplir la falta de leche, con sendas tazas de maseabunda y salcochida papilla, la mayoría, si no la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales paciegas, y otras tales que no son paciegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocacion se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia, ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redaccion del *Diario de avisos*, con este ú otros anuncios semejantes:

#### NODRIZAS.—Encarnacion

Balmojado, natural  
De la villa de Alcobendas,  
Busca cria. Abonará  
Su conducta el limpia-botas  
De la calle de la Paz.

Hay tambien nodrizas clandestinas y vergonzosas, como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo mas de una vez que la flaqueza de la una sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la otra. Los cirujanos comadrones, y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera licito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡ay!... sino de su credulidad é inesperiencia.

Una vez instalada la nodriza (hablo de las que crian en casa ajena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser *ecisgentes*), no solo poseenada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cria, sino sobre toda la familia, y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser ama de leche únicamente, y acaba por ser ama en toda la estension de la palabra. Sea primeriza, y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse; ó á fuer de veterana conserve en su país, dentro de su apollado arcon, tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas, casi en el estado de nuestra madre Eva. Escige, por tanto, como primera condicion, que se la vista de pies á cabeza; y gracias si se dá por satisfecha con un solo trage, que muchas quieren otro mas fino y lujoso para los dias de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro, ó por hacer ostentacion de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto, ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las amas con insaciable avaricia, y desvergonzada incontinencia:

pero el lujo de unas paciegas escita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer continuos y no leves sacrificios, para tenerlas contentas, no sea que riéndose contrariadas tomen una rabieta, y de sus resultados den mala leche á los inocentes chiquelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *benediction*, ó porque con una prógima de Paz no haya entrado todavía la *malédiction* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas, son muy propensas á la *hidrofobia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas, la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa espacion de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran á responder con un par de coces, á las mas inofensivas amonestaciones, y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido, que cuando ellas tiran un par de coces... regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los dias tienen las conabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son *gentes* que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario mas ó menos plausible, que no exploten en su provecho. ¡Llegan los dias ó cumpleaños del señor, de la señorita, y de cada uno de los señoritos! Regalo. Asciede el amo, ó le nombran senador; ó gana un pleito? Propina. ¡Suenan rabeles y zambombas! Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una ama de cria, es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas adelantas. Que se rie; que dice *ajá, ajá*; que hoy hace pininos y mañana el gesto de la vieja; que meneá el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operacion de la vacuna; que la confirma un obispo en *partibus infidelium*; todos son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre alquilona. ¡Y la denticion? A cada hueseccillo que cuaja en las tiernas encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva peticion de la importuna montañesa; ó en otros términos: á cada *diente* que le nace al heredero, es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras heroínas se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como país conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenan ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admision, y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño

de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera consustituta estracion y su insolente obesidad; y llega dia en que es preciso recorrer todas las clases y todos los mercados de la corte, para satisfacer su voraz inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota, caballo, y rey*, gimen en silencio, viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos, por no apresurar la ruina que les amenaza!

Azotes de los demas criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus fiemas, como un dia prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos; con ehismos y peloteras y culumnias, les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirano; se desdeseñan de alternar con ellos en la cocina, y escigen por lo menos que se les ponga mesa aparte, las que no se sientan muy horondas á la mesa de sus señores, dándoles martirio con sus groseros ademanes.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos, y abre por ende sus puertas, á tan horrible calamidad! Pues ¡qué diré si el *pobre ciudadano* es ademas *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El ama es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia, no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder, que así como todas las sudichas, saben al dedillo la *gramática paráda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulejo, ó se lo oyerán leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las nodrizas en general, no obsta para que algunas en particular sean mugeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una paciega, y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero extor esta especie de palinodia. Y tiré mas: extor intimamente persuadido, de que habrá algunas que lleguen á encariarse con los chiquillos á quienes crían, tanto, como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvaded, y para no molestar mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticio*, confesaré tambien, que aun las amas de mas áspera condicion, se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisonjero momento del destete, mansedumbre que tiene el doble objeto de prorrogar cuanto puedan su *dictadura*, y el ser á la despedida mas liberal y generosamente renunceradas.



Pero la nodriza de raza y de *buen trapio*, no permaneció mucho tiempo cesante. O después de criar á un niño conserva todavía bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar, que en un rapto de filantropía, contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individuo de essa en la situación *interesante* que la Providencia suele deparar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *escéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra, y Cristo con todos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta personal—y también alguna vieja maligna, que mas adelante ajuste con nimia escrupulosidad, cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos, mejor que en las del sorario.

“Pero, ¿tía fulana? responde la tía mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente. . . .” —“No hay tu tía, replica la otra tía. ¡Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietenotario*, ó el papamoose de Tibureio puede y debe probar la coartada.

Manuel Breton de los Herreros.

#### SOBRE LOS NATCHEZ

### DE MR. DE CHATEAUBRIAND,

POR BARANTE.

El nombre solo y la fama del talento de Mr. de Chateaubriand es bastante para llamar la atención, y desviar por un instante el pensamiento de las graves cuestiones que nos ocupan. Cuando hace veinte años volvía del destierro á la tierra natal que tanto debía honrar, la Francia era el teatro de escenas mas grandiosas que las que hoy presenciamos, y sin embargo entre toda la gloria de la época, entre el estruendo de nuestras victorias, una simple novela escrita por un joven todavía desconocido, llamó la atención y obtuvo un éxito brillante. *Atala* encontró lugar en medio de todo lo que encantaba, y enorgullecía á la Francia triunfante de la Europa. Entonces un sentimiento de seguridad y de esperanza llenaba los corazones, todos olvidaban que ese bienestar era debido á la dictadura y al poder absoluto, todos aplaudían y ensalzaban á la Francia salvada, y todos se enorgullecían de pertenecer á una sociedad regenerada. La confianza y la concordia reinaban acaso pasageramente entre los oprimidos de todos los partidos que se veían libres al menos de las tiranías revolucionarias, y ya por cansancio, ya por alucinación, las facciones

guardaban silencio, la ración se sentía fuerte y honrada, y aun el despotismo que se disponía á encadenarla, lejos de lanzarle amenazas y sarcasmos, la embriagaba con el humo de la gloria y de las alabanzas.

En tales circunstancias, las almas estaban dispuestas á recibir las impresiones dulces y poéticas. Las obras literarias de la revolución tenían en lo general un estilo forzado y declamatorio, y la verdad no había podido penetrar al través de la esageración y del espíritu de partido: los recuerdos del pasado se habían despreciado, y la comunicacion con el resto del universo, se había interrumpido; así, pues, cuando se escuchó una voz pura y nueva, inspirada por los recuerdos que se habían querido borrar, y por la religion que se había perseguido, que presentaba á la vida ideal del salvaje, y á la naturaleza virgen de la América, en contraste con esta vieja y cansada Europa, próxima á arruinarse, al instante se reconoció al escritor destinado á dibujar las impresiones de la generación presente.

Mucho hemos cambiado desde la publicación de la *Atala* á esta fecha; y sin embargo encontramos todavía que Chateaubriand es el órgano del pensamiento público, el que comprende sus necesidades é inclinaciones. No habiéndose querido identificar con los primeros acontecimientos, como muchas gentes de pobre espíritu, ha comprendido muy bien que una idea verdadera en un tiempo, acaso es falsa mas adelante; que el socorro que se concede á los vencidos, no tiene ya ni valor ni nobleza, cuando se convierten en vencedores y se les rinde un homenaje interesado; en fin, los peligros y los combates políticos han llamado á Chateaubriand á militar bajo otros estandartes, y han puesto en su mano otra clase de armas. Cuando la Francia tranquila y consolada creía con una confianza ciega haber llegado al puerto de salvamento, Chateaubriand fué poeta; hoy que formada dolorosamente por la experiencia, la nación abandona sus ilusiones, y vive desconfiada de todo vano prestigio, y en su triste escepticismo no pide las artes mas que la desnuda y positiva realidad, el cantor de las élogos americanas se ha convertido en publicista y orador; con todo, ¿era necesario que se perdiera lo que había producido esa época brillante de su vida, aurora de su talento que apareció de improviso para llenarnos de encanto?

Intentemos por un instante retroceder nuestra imaginación á los recuerdos de ahora veinticinco años, para gozar de nuevo estas impresiones vivas y dulces que sentimos con la pintura de los amores de Chactas ó con la profunda melancolía de René. Estos nombres tan poéticamente grabados en nuestra memoria; es-

los personajes que hace mucho tiempo han adquirido una existencia real á nuestros ojos podrán jamas sernos indiferentes!

Un interés semejante hemos concebido por ese poema de los *Natchez*, del cual se publicaron hace algun tiempo, dos fragmentos separados, y quien los haya leído no puede juzgar de la obra, sino con el corazón afectado y el juicio prevenido en favor del autor. Considerada bajo otro punto de vista la obra, ofrece un objeto curioso de estudio, porque se mira con placer desarrollarse el talento en su germen primitivo, se palpa cómo ha crecido hasta el grado de madurez, y se regocija uno de encontrar en bosquejo todavía el secreto de la inspiración.

En el *Ensayo sobre las revoluciones* hemos acaso encontrado el secreto de las opiniones de Mr. de Chateaubriand; su necesidad constante de independencia, su desprecio por el dominio de la mediocridad degradada, su culto por lo pasado, su simpatía por lo presente, y su respeto por el libre sentimiento religioso. Así también en los *Natchez* vemos las fuentes de donde había brotado el sentimiento poético, vemos al contemporáneo y predecesor de Lord Byron, fastidiado con una vieja y ficticia civilización, pidiendo impresiones nuevas á los bosques vírgenes de la América, despreciando el lenguaje convencional de una sociedad gastada y corrompida, y forjando un ideal de la naturaleza salvaje, mas bien como un sarcasmo que lanzaba á lo que había visto, que como una pintura ó imitación de lo que veía.

Escritos mas tarde los *Natchez*, habrían sido sin duda una composición mas acabada; mas quién sabe si el autor lejos de todo lo que lo animaba cuando los concibió, y conducido ahora á otra region diferente de ideas, habría podido encontrar esa afluencia enérgica y ardiente de la juventud! ¡Quién sabe si su imaginación contrastada habría podido crear esa figura tan original y tan elegante de la joven *Mela*, cuya vivacidad infantil tiene tanta gracia, y que recuerda á la vez la impetuosidad de la vida salvaje, y el carácter pintoresco de las niñas fantásticas de la antigüedad, que en la vivacidad de la edad adivina instintivamente los sentimientos delicados de una civilización adelantada, apasionada, con inocencia púdica, con abandono; en una palabra, como el Ariel en la *Tempestad* (1) amable y encantador genio que anima toda esta composición melancólica! ¡Quién sabe si el autor escribiendo no en las soledades del Nuevo-Mundo, sino entre las gentes civilizadas, habría conservado el recuerdo de ese Outoungamia el simple, que no sabe otra co-

sa mas que dar la vida por su amigo ó por su país, conducido maquinalmente al heroísmo por sentimientos que apenas sabe definir y que explica con acciones á falta de palabras!

Es menester, pues, agradecer á Mr. de Chateaubriand el habernos dado esta producción de su juventud como una de las primeras concepciones de su talento. No estamos en la época en que un hombre distinguido puede encantar los ratos de ocio de sus contemporáneos, con una epopeya salvaje; hay una obra muy importante que ejecutar todavía, y el autor de los *Natchez* la llevará á cabo; pero no todos son llamados á tan alto honor. Mientras leemos algunos discursos del noble Par por la defensa de nuestras libertades, debemos repetirle las gracias por habernos desviado por un instante del espectáculo vergonzoso que nos rodea, conduciéndonos á un mundo ideal del cual ciertamente estamos muy lejanos.

(Traducido para el Museo.)

#### NOTICIA DE LAS MAS CELEBRES MINAS DE METALES DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

CONVIENE que no se pierda la memoria de los minerales, así por la curiosidad de este ramo de historia natural, como por el uso que de esta noticia pueden hacer las naciones para promover su riqueza. Ni aun las minas que se llaman perdidas ó eshaustas deben despreciarse. Renacen los metales en muchos terrenos, brota y pulula su semilla en las entrañas de la tierra, como la de los otros frutos. Nuestro *Barba* en su *Arte de metales* demostró, que habiendo fundido ley al metal, se halló luego con ella. De esto dieron varios ejemplos tambien *Cariofilo*, *Lagunez* y otros que trataron de las antiguas minas. Siendo ademas desampararse estos preciosos depósitos, por las inundaciones, por ruinas, por falta de fomento y otras causas; y si se ignora su sitio, con dificultad puede volverse á su labor. Por eso acaso dejó escrita Mr. *Maltus* una memoria, sobre las minas que antiguamente se beneficiaron en el Pirineo, y el baron de *Beausoleil* en su *Restitucion de Pluton*, un largo catálogo sobre las de otros puntos de Francia. Esto movió á *Carrillo* á publicar su *Descripcion de las minas de España* olvidadas, y *Barba* una esacta noticia de las despopuladas de la América meridional. Pudieran estas minas, si acaso estuviesen despopuladas y abandonadas, recobrar su primer estado; rindiendo grande utilidad despues de reembolsados los gastos; desaguando por medio de socavon las mas conocidas y famosas, cuales son las de *Guanajuato*, *Pacífico*, *Zacatecas*, *Tlalpujagua*, *Sombrerete*; cuyas riquezas conocidas ya y experimentadas prometen grande utilidad, si se emprenden estas

(1) Drama de Shakspeare.



obras. Por la compañía celebrada en 1741 consta, que la mina *Quebradiza* de Zacatecas, en solos seis días y medio rindió 360,000 ps. fuertes, hasta que reventó un inagotable venero en un frontón, inundando la veta que tenía de ancho 22 varas: ¿qué beneficios no promete un desagüe general si se emprendiera? Otro tanto debe decirse de varios minerales, cuya riqueza está interceptada por las aguas, que son las que por lo común los inutilizan.

Con este objeto publicamos la presente reseña, de las minas que se han descubierto en la América septentrional, y de las que se han abandonado con causa ó sin ella, dando extensión á las memorias de D. José de Villaseñor *Herrez, Bry, Laet* y otros célebres mineralogistas, con presencia de las indagaciones y observaciones científicas posteriores.

La provincia de la *Sonora*, distante de México 600 leguas al Poniente, abunda en minerales riquísimos. Uno de los mas abundantes es el de *Argamé*, distante 10 leguas al Oeste-sudeste de su capital San Juan Bautista. En la *Pimeria alta* se halló en 1736, un cerro mineral con grandes masas de plata virgen: dispúsose si era mineral ó tesoro; y se abandonó. ¿No fuera bueno sacar partido de este monte de plata, sin armar contiendas inútiles? Otro tanto debe decirse de las ricas minas de *Bucanatchis*, á 40 leguas de la capital.

En el principio del siglo XVIII, habia copioso mineral de plata en *Alamos*, capital de Sinaloa. Decayó en 1736 á causa de las aguas. Veinte años despues, se habilitó la mina llamada *Dichosa*, con un tiro ó pozo perpendicular, que beneficiaba todo el cerro, y llegó á ponerse en muy buen estado. Dista de México al Poniente 400 leguas.

Por largos años se hicieron labores utilísimos en el mineral de oro de *Ameca*, distante 140 leguas de México al Poniente: luego se abandonó. No fuera difícil indagar su estado actual, y el fruto que promete su beneficio.

Ya en el siglo pasado se derrumbó el mineral de los *Ángeles* de la sierra de Pinos en la Nueva-Galicia, 110 al Norte de México. Pudiera hacerse alguna tentativa sobre su reparación.

114 leguas al Norte de México están los *Asientos de Barra*, mineral acreditado por su abundancia, desde principios del siglo pasado. No sabemos si existen hoy las dos minas que quedaron de él pobladas.

En la Nueva Vizcaya, camino carretero de Chihuahua, á 390 leguas de México entre Norte y Poniente, hubo un antiguo mineral que se inundó, llamado *San Bartolomé*. Hoy es población de labor. El de Oro que se descubrió en el mismo reino, por los años de 1747, llamado

*Santa Bárbara Basuchil*, decayó por la inconstancia de sus vetas, que solo dieron metal en la haz de la tierra: No consta que se hubiesen hecho catas hondas segun las leyes de metalurgia.

Grande abundancia de metal comenzó á dar el mineral *Boca de Leones*, descubierto en el nuevo reino de Leon, 200 leguas al Norte de México, á mitad del siglo pasado. Entre los que le descubrieron y beneficiaron, hubo contienda sobre si eran vetas ó mantos de metal. Al mismo tiempo aparecieron en aquel país otras minas plomosas que se desampararon: bueno fuera saber por qué.

Es inculcable la plata que ha rendido el célebre mineral de *Bolaños*, sujeto á Guadaluajara, á 150 leguas de México entre Norte y Poniente, desde el año 1746 en que se dió principio á sus labores. Ha habido año, y no ha sido uno solo, de dar cuatro millones de pesos en solo platas manifestadas al diezmo. No sé si estarán corrientes sus seis minas fundadoras, la *Conquistista*, la *Perla*, la *Castellana*, la *Zapopa*, la *Montañesa* y el *Parlan*.—J. L. V.

#### PELEA DE GALLOS.

La afición del pueblo inglés á la lucha de gallos, nos ha recordado algunas memorias que pueden influir en la investigación de su origen. A juicio del sabio obispo de Tesalónica, Eustasio, debe irse para encontrarle mas allá de la expedición de *Temístocles* contra los persas. Porque aquel caudillo, puesto al frente de su ejército, le eshortó á pelear por la patria con el esfuerzo que ostentan los gallos en la lucha. Obtenida la victoria por los atenienses, para perpetuar su memoria, establecieron por ley una lucha anual de gallos: costumbre, añade, que pasó á Roma, y se extendió á la lid de las codornices, para la cual se convocaba al pueblo á voz de pregon con la fórmula: *pulli pugnant*: hay pelea de gallos. *Divodoro Siculo* refiere que los agrigentinos tenían destinadosuntuosos túmulos para sepultar en ellos los gallos que en el combate hubiesen mostrado mas valor y destreza. Estos monumentos se conservaban en tiempo de *Timéo*, como lo prueban varias indicaciones de *Plutarco*. De esta afición heredada de los griegos por los romanos hace memoria Catulo en el epigrama que empieza *Passer delitiae*. Sin duda debieron de llevarla los romanos á España, pues nuestro *Columela* asegura que no era de poco momento la ganancia de su cria, procurando amaestrarlos para la pelea, y buscando á gran precio los de la celebrada casta de rodios y tanágricos. Otro tanto asegura de las codornices y perdices *Herodiano*; y *Lampridio* dice de Alejandro Severo: *summa illi delectatio fuit, ut...perdices inter se pugnant.*

## HISTORIA MODERNA.—REVOLUCION DE FRANCIA.

### TRIGESIMO DISCURSO HISTORICO

Pronunciado por el Sr. Licenciado D. José María Lacunza, Catedrático de Humanidades en el Colegio de San Juan de Letran.

El origen de la revolucion francesa está unido al desarreglo de la hacienda desde Luis XIV, á la inmoralidad que se hizo general en el reinado de Luis XV, y á las nuevas opiniones religiosas y políticas, que se propagaron desde el principio del siglo XVIII. Uno de los mayores cuidados del gobierno de Luis XV habia sido su lucha con los parlamentos, á los que al fin habia llegado á dominar, pues que á su muerte estaban disueltos. Luis XVI, no obstante los consejos que en contra se le dieron, resolvió restaurar esta magistratura, y lo hizo sin modificar de modo alguno sus privilegios. Destruyó ademas Luis muchos impuestos gravosos al pueblo, cosas ambas que fueron muy agradables á éste; pero que causaron embarazos á la corona. El modo con que el ministro Turgot habia puesto en práctica estas reformas, le habia traído el descontento general; pero muy especialmente de la nobleza y de la corte, lo que al fin obligó á Luis XVI á deshacerse de un ministro de quien solia decir: "Solo Turgot y yo amamos al pueblo."

Sucedió á éste M. de Clugny, un intendente que murió en el mismo año; pero dejó restablecidos algunos impuestos, y dictadas algunas providencias. A éste sucedió M. Taboureu, á quienes dió por adjunto el banquero genoves Necker, entonces enviado de su república. Habia adquirido su reputacion en hacienda con motivo de algunas disensiones sobre la compañía de Indias, por su elogio de Colbert, coronado poco habia en la academia francesa, obra en la cual anunciaba conocer demasiado bien los deberes de un ministro de hacienda, y sobre todo por una memoria particular sobre el arreglo de la hacienda, y el modo de llenar el déficit de 24 millones de francos que entonces resultaba. La opinion pública le llamaba al ministerio, y el rey le colocó en él, con el título de director general de hacienda, pues no podia obtener el de ministro, por ser protestante. Necker rehusó los emolumentos del empleo que obtenia. Pero cuando la hacienda estuvo en sus manos, sea que las circunstancias de su tiempo no permitiesen sacar de sus planes todo el

fruto que habrian obtenido en otras, sea que el ministro no fuese tan diestro en obrar como en escribir, la hacienda no tuvo los adelantos que se esperaban.

Luis XV habia severamente mantenido la prohibición de los libros anti-religiosos, ó anti-monárquicos, y aun habia desterrado de la Francia á Voltaire, el jefe de estos escritores. Luis XVI fué menos intolerante: Voltaire volvió á Francia, y muchos adoptaron sus opiniones, haciéndose éstas el objeto ordinario de conversaciones en que se discutian los derechos del pueblo de un modo contrario á la autoridad real. La revolucion americana, que estalló bajo este reinado, que fué ausiliada por la corte, en odio de la Inglaterra, y á cuyas banderas corrió gran parte de la juventud francesa, agrió los resentimientos del gabinete inglés, aumentó las escaseces del erario, y propagó las ideas de libertad en los que habian espuesto su vida para defender la reciente república del Norte.

En el mes de Enero de 1781, Necker presentó al público un estado de los ingresos y egresos del tesoro, en que se decia que los primeros superaban en 10 millones á los segundos, lo que indicaba la pericia del ministro, fomentando la confianza de los prestamistas, y lisonjaba al pueblo, presentándole al monarca como un administrador que da cuentas de su manejo. Pero la corte se alarmaba por muchas reformas ya ejecutadas, y otras que en la memoria se pronosticaban, y los grandes formaron una oposicion contra los proyectos de Necker. Este conociendo su degradación dió su dimision en 25 de Mayo, que fué considerada por el pueblo, á quien habia logrado seducir, con razon ó sin ella, como una calamidad pública.

Las escaseces afligieron al erario, durante la administración de sus sucesores, y en 1787 el ministro Calorme presentó un estado en que el déficit subia á 110 millones, y atribida la culpa á la administración no solo suya sino de sus antecesores: de esto se creyó ofendido Necker y procuró en un escrito que publicó, demostrar que el déficit era enteramente producido despues de su salida del ministerio. Este escrito